

colección Jornadas, pero la lista llega hasta el año de 1967, lo cual justificaría su reproducción, aunque no se trate de elementos de la familia política estatal. Los militares indudablemente reclaman atención y, además, los jefes de zona son personajes públicos que no implican secreto militar. Con todo ello, el cuadro político estaría más completo.

En suma, ponderar más la utilidad de la obra sería redundancia. Es bienvenida y, como trabajo perfectible, esperamos con interés futuras ediciones aumentadas y corregidas. Si se contara con más y mejores obras de referencia los trabajos de análisis y de síntesis descansarían sobre la confianza proporcionada por datos seguros.

ÁLVARO MATUTE

*Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM*

Luis ALAMILLO FLORES: *Memorias del general.* — *Luchadores ignorados al lado de los grandes jefes de la revolución mexicana*, México, Editorial Extemporáneos, 1976, 617 pp.

Luis Alamillo Flores tiene escasos siete años cuando estalla la revolución maderista. Oriundo de Real del Monte, Hidalgo, crece en una familia acomodada de tradición política lerdista. Sus memorias se inician con su traslado a la ciudad de México, en 1914, cuando cursa sexto año de primaria en la escuela "Fray Bartolomé de las Casas". Allí, su padre, perseguido y encarcelado por antihuertista, se ve obligado a mudarse con todo y familia a la ciudad de Puebla para partir en breve en compañía del hermano mayor a engrosar las filas del ejército carrancista. Cuando se libran las grandes batallas de la revolución, a un año de la derrota de Villa en Celaya y en plena convención de Aguascalientes, Alamillo es un joven estudiante. Con cierto bochorno evoca rápidamente esos primeros años en que los mayores partían a realizar grandes hazañas mientras el joven escolapio permanece en compañía de la madrastra, tías y primas. Finalmente la comisión reclutadora del estado de Veracruz libera sus ansias de realizar hechos "propios de hombres" y como voluntario del ejército revolucionario

rio nos retrata a los jóvenes de esa generación, quienes, a pesar de "que [eran] muy chamacos, [sabían] leer y escribir" y por lo mismo servían de escribanos o secretarios de los "jefes".

Alamillo inicia definitivamente su carrera militar en 1920, cuando a los diecisiete años de edad parte con su superior, el mayor Francisco Lazcano, a Centroamérica. En esos tres años nos menciona temas aún inexplorados. Nos habla de la influencia de oficiales mexicanos en la formación de militares latinoamericanos. Su estancia en Honduras lo relaciona con antiguos oficiales del ejército porfirista, quienes, como exiliados políticos, habían establecido en Honduras una réplica del Colegio Militar donde ellos se habían formado. Igualmente nos introduce a otro tipo de relaciones, como cuando parte en misión a Nicaragua a dar ayuda y protección a los defensores de la independencia nicaragüense cuyo territorio estaba ocupado por tropas norteamericanas. En el mismo lapso de tres años escucha los proyectos de unidad latinoamericana patrocinados por su jefe Lazcano y ve cómo éstos chocan con el "monopolio" que los ex federales detentan en la secretaría de guerra.

De regreso en México narra su vida como alumno del Colegio Militar de 1923 a 1925 para luego conducirnos a una etapa clave de la vida del futuro ejército mexicano, cuando bajo órdenes del general Joaquín Amaro y teniendo como jefe inmediato al general Amado Aguirre participa en la reorganización del ejército. En 1928 es enviado a Francia e ingresa a la Escuela Superior de Guerra de ese país para realizar estudios de estado mayor. Cuando Amaro decide fundar en México la Escuela Superior de Guerra manda traer a Alamillo para nombrarlo director. Su designación es ilustrativa, pues parece obedecer no únicamente a sus estudios de estado mayor sino también a su alejamiento de la política y sus compromisos. Sin duda, los años de ausencia del país lo acercaban mucho más al arquetipo del militar profesional que se deseaba formar. En parte, el propio Alamillo lo confiesa: "Entregado por completo a mis estudios, me faltaba tiempo para enterarme de lo que en México ocurría, y era tanto mi circunstancial abandono que ignoraba que se hubiera ordenado la creación de la Escuela Superior de Guerra". Durante tres años le corresponde trazar los planes y proyectos de la nueva institución. Cuando el ocaso político de Amaro pierde Alamillo la dirección de la escuela, probablemente por los nexos tan estrechos con su jefe. Como se estilaba,

parte en misión diplomática al extranjero y pasa casi todo el régimen cardenista fuera del país. Regresa de Europa en plena segunda guerra mundial y es comisionado a la región militar del Pacífico bajo las órdenes de Lázaro Cárdenas. Luego es enviado como agregado militar a Estados Unidos de Norteamérica, para ya regresar en 1945 como director del Colegio Militar.

Las memorias son amenas y están escritas como recuerdos impresionistas del mundo académico y cultural de la oficialidad del ejército mexicano que se desarrolló a partir de los años veinte, imagen radicalmente opuesta a la que nos proyecta *Tropa vieja* de Urquiza o su versión literaria contemporánea, *Los relámpagos de agosto* de Ibarguengoitia. Aquí encontramos a jóvenes oficiales que se desenvuelven en "el ambiente de trabajo y reconocida austeridad" que rodeaba a los técnicos y administradores ocupados en la reorganización militar emprendida por Amaro, cuando el país aún convulso e inestable padecía las últimas rebeliones y golpes militares. Es la historia de un sector poco conocido de la oficialidad mexicana, a la cual pertenecieron Tomás Sánchez Hernández, Cristóbal Guzmán Cárdenas y muchos otros cuya importancia está aún por reconocerse. Son ellos los académicos, educados en las escuelas del ejército mexicano o en las francesas y posteriormente comisionados a la embajada en Washington como agregados militares, a quienes se les encomendó la profesionalización del ejército mexicano.

Alicia HERNÁNDEZ CHÁVEZ
El Colegio de México

Eduardo RUIZ RAMOS: *Labor and the ambivalent revolutionaries — Mexico — 1911-1923*, Baltimore and London, Johns Hopkins University Press, 1976.

El doctor Ruiz emprende en este libro la tarea de proporcionar una visión global de la relación entre el movimiento obrero y los caudillos revolucionarios en el período de 1911 a 1913. De acuerdo con el autor, la investigación de la historia del trabajador industrial y sus relaciones con el proceso revolucionario no sólo